

SE SALE
JUEVES Y DOMINGOS

DIRECTOR-FUNDADOR
Elag Perillan Buxi

NÚMERO DEL JUEVES
15 CÉNTIMOS
suplemento del domingo
10 CÉNTIMOS

NÚMEROS ATRASADOS
a doubles precios

SUSCRIPCIONES

En Madrid, 1 mes, 4 reales; 3 meses, 12 reales; 6 meses, 21 reales; 1 año, 48 rs.

DIRECCION

Calle de la Amnistía, 3
bajo de la derecha.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ÓRGANA POLÍTICA LIBERALA

CENTROS DE SUSCRIPCIONES A ESTE PERIÓDICO

LIBRERÍAS: de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo,
de Gaspar, calle del Príncipe.

SUCURSAL DE PUBLICACIONES
Mayor, 13, portal.

En todos estos centros se dan recibos BROMÍSTICOS
que deben ustedes leer... por curiosidad.

LIQUIDACION

Con este Suplemento termina la edición del mes de Enero. Del 1.º al 8 de Febrero esperamos las liquidaciones de nuestros dignos agentes, que hasta ahora nos dan pruebas de su interés por los progresos de la publicación.

¡Sea este el único recuerdo que necesiten!
LA ADMINISTRACION.

EL DIBUJO DE HOY

La peregrinación carlista encabezada por los señores Nocedal, patriarcas legos del absolutismo español. Sin comentarios.

CLEOFÉ

DIVERSIONES

Entre las que han podido disfrutar durante el transcurso de la semana los madrileños y madrileñas, debo mencionar, por lo módico del precio, la revista militar que se representó el martes en el Prado y en el Paseo de Recoletos. Tiempo hacía que no se gozaba en Madrid de tan culto y brillante espectáculo, y la verdad es que lo eclábamos de ménos. Es por lo tanto de agradecer el celo del consecuente ministro de la Guerra que lo preparó con todo el aparato que su argumento requiere, para regocijo de rubias y morenas, ya que todas sin distinción de color se desvivían por contemplar el marcial continente de nuestros bizarros soldados, y la gallarda postura de nuestra oficialidad.

Es un gozo verlos; sin embargo, que los héroes de la función no debieron gozar mucho y darian á todos los diábolos al señor ministro que tuvo la ocurrencia de sacarlos á pública exhibición.

En esta parada hubo una gran novedad. Los ojos de los espectadores y espectadoras se iban tras los relucientes cascos y arosos lorrones que estrenaban los generales.

Hubo persona que no se avenía á creer que fueran los mismos de antes.

—A mí no me la dan, decía una chula oriunda de la calle del Ave-Maria. Esos generales ó bomberos ó lo que sean, los han traído del viaje á Portugal. De lejos huecen á extranjeros... ¡miste que Dios!

Un político de vista perspicaz y de largo olfato, de la clase de cesantes, le decía á un colega que tenía á su vera:

—Yo bien se por qué el general Martínez Campos saca todo esto á relucir. Ha querido decirnos lo que el cardenal Cisneros dijo en otro tiempo á sus enemigos... «Ahí tenéis mis poderes.»

Pero señor... ¿quién me mete á mí en estas honduras? ¡no soy un simple revistero! ¿Pues zapatero, á tus zapatos.

Ya que vengo del Prado, me meto en la Zarzuela, que es el teatro que encuentro más cerca. Gran movimiento de revendedores en la calle de Joyellanos; estreno tenemos... con tal que no nos canten otros Maitines!

No hubo multitud por fortuna, pero al salir del teatro exclamaba yo este solloquio:

—¿Luego dicen que no hay sino... vaya si lo hay! Vámonos á ver, ¿por qué al Sr. Marqués le toca siempre la suerte de que le den un libro malo para escribir sus zarzuelas? Él hace buena música, tiene imaginación y es estudioso, demasiado estudioso; tanto estudia, que su música siempre se parece á algo que hemos visto antes; pero los libretos que

le dan nunca se parecen á nada, y sin embargo se parecen todos en lo malos y en lo insulsos.

La zarzuela que yo acababa de oír, y que Vds. podrán ver por su dinero cuando quieran, se titula *El alcalde de Toledo* y pudiera titularse el alcalde de cualquier parte.

El autor del libro es el apreciable joven D. Eugenio Olavarría, escritor muy discreto y muy trabajador; pero su primera obra dramática se resiente de aquel tono de candidez que casi siempre acompaña á los principiantes.

No sabe á nada, ni huele á nada. Es una serie de escenas dispuestas expreso para que los actores salgan á decir aquello que al autor le conviene que digan para llegar al desenlace que él y todos los espectadores han previsto.

La acción no interesa á nadie, porque todo el mundo está viendo que aquello es broma, y si no fuera porque la verificación es muy buena y la música del Sr. Marqués embriaga y deleita, el público se hubiera marchado aburrido antes de que empezara el segundo acto.

La obra tuvo, sin embargo, un éxito ruidoso con sus correspondientes salidas al proscenio. Como que el autor es militar, y todos sus compañeros del círculo de la casa de Astrarena estaban allí; figúrense ustedes si tendría aplausos!

Sin embargo, si yo fuera Marqués haría lo que Wagner; escribirme yo solo la música y el libreto.

Sin embargo, la Zarzuela va tirando con esa obra.

Y ahora verán ustedes si Arderius es empresario que lo entiende. Al mismo tiempo que abre un abono por otras cien representaciones, ha hecho publicar en todos los periódicos del gremio de diarios, un suelto en que anuncia que entre las nuevas obras que dispone el teatro de la Zarzuela se encuentran, la famosa ópera *Mignon*, del maestro Thomas, las zarzuelas de grande espectáculo *La Tempestad* y *El Planeta Venus*; y que alternarán con estas obras las mejores y más acreditadas del repertorio antiguo. Y puesto ya, debió anunciar el *Tanhanseer* y *Dinorah*, ¿qué trabajo le costaba?

Pero ya saben ustedes que no me gusta murmurar; paso á hablar de otros estrenos de menor cuantía.

Doy un salto y me paso al Circo de Price, teatro de ópera económica, á dos reales por barba.

¿Qué obras y qué cantantes quieren Vds. que les den por el corto interés de dos reales? Pues cosas como *Los Hijos de Madrid*, y artistas como la Montañés y la Ramoncita Torres.

La otra noche, por ejemplo, estrenaron un pasillo llamado lírico, titulado *Los Cazadores*, con música y todo, pero de Cerceda.

Y ¡qué argumento tan bonito! La Montañés es una lavandera, para lo que Vds. gusten mandar, lo cual que la camelan un *melitar* de á caballería y un mancebo de botica. Claro es, como buena lavandera, prefiere al *melitar*; pero éste, que tiene mucha gana de jolgorio, no tiene tanta de ir á la vicaría, y viceversa: el otro, que pasaría por este trance, no le hace buen estómago á la muchacha.

Y ¿qué hace el autor? Cogió á un mozo de cuerda, el cual mozo trae un oficio para el coracero, en que su coronel le manda que se case con la Montañés, quiero decir, con la lavandera... Y él se resigna, y le da la mano... y colorín, colorado, mi cuento ya se ha acabado.

Pues bien; el público de á dos reales ha aplaudido esta ingeniosa obra.

A otra parte. Estamos en Variedades. La misma noche en que los *cazadores* andaban á caza de la lavandera, se estrenaba en la calle de la Magdalena un juguete en dos actos, titulado *El vecino de al lado*, original del apreciable actor Sr. Lastra.

Este vecino es de la honrada estirpe de todos los vecinos, por ejemplo, el vecino de enfrente y el vecino del sotabanco y otros que Vds. pueden imaginar. Un vecino hecho propósito para que el Sr. Luján luzca su gracia. Al pobre vecino le pasan algunos lances chistosos, aunque inverosímiles, para que el público se ría, y cuando todo se ha arreglado bien, para desengaño de aquel marido irascible, cae el telón y la gente desocupa el teatro, muy persuadida de que se ha divertido.

El éxito... regular, y no es poco.

Bastante más desdichado fué el que tuvo en el teatro de la Comedia en la noche del miércoles una mala pieza, mal traducida del francés, que llevaba por apodo, *Las cosas de los celosos*.

El público, á quien querían hacer trogar aquella serie de

desatinos, empezó á gruñir un poco, y luego abandonó el teatro sin querer ver adónde iban á parar aquellas cosas.

Por regla general, todo el que ó la que arrastra cola, se expone á que se la desgarran de un pisotón.

En este teatro se espera que se abra pronto *La posada de Lucas*. Mientras tanto, va entreteniéndose al público con *El guardián de la casa*.

En el otro teatro de la calle del Príncipe sigue reinando Calderón. ¡Descubrámonos al pasar!

Del Real ya hablaré cuando dé motivo.

BAMBALINA

A LOS SOBRIOS

Hombre que su inclinación recata de una mujer, ó no la teme perder ó es de poco corazón. No hay ninguna que al blason no aspire de ser amada; pero, por apasionada y ciega que llegue á estar, nunca quiere adivinar sino ser adivinada.

Como en el crisol el oro. Mas sus quilates explica; la mujer se adhiere en el fuego del decoro. Guardar debe tal tesoro con cuidados vigilantes; pero los hombres amantes —aunque hallen un desencanto— dicen: —Tal día hará un año— y se quedan como antes.

Consigo mismo es tirano quien su enfermedad oculta, y el remedio dificulta que pudo dejarlo sano. No hay tan hábil, diestra mano, que libertar pueda vida que está á morir decidida, por diligencia que haga, que sin enseñar la llaga nunca se cura la herida.

Todo lo iguala el amor, que es rapaz muy entendido; pero castiga un descuido con muchísimo rigor. Quien padezca su dolor en declararlo no tarde: haga de su aliento alarde que, en ocasión oportuna, la mujer y la fortuna no quieren hombre cobarde.

MANUEL A. SERRA
antiguo vate peruano.

EL PRINCIPAL

Perdí el sueño á las tres de la mañana de la cama salté despavorido; y no sé si despierto ó si dormido arrojarle intenté por la ventana.

Con un frío me siento de terciaria; gritos doy, sofocado y oprimido; levántase mi hermana, y aburrido le digo mil insultos á mi hermana.

De mi cuarto salí ciego y sin tino: le rompí la cabeza á mi crinolo; mandé mudar de casa á mi vecino...

Pero tanta locura y atentado ¿quieres Fabio, saber, de qué provino? sólo de que soñé... que era casado!!!

BERNARDINO RUIZ
(poeta peruano).

LA BROMA



¡A Roma, á Roma!

Ayuntamiento de Madrid

POLÍTICA DEL HAMBRE

(MEMORIAS DE UN FUSIONISTA)

POR

LUCRECIO MÉSTON

CAPÍTULO IV.

LOS PRIMEROS CONTRATAMIENTOS

Mi alegría y mi satisfacción al verme frente a los muros de Cuenca, y la especie de embebecimiento que me causó el contemplar sus calles tortuosas y no muy limpias, duraron poco por mi desgracia. Tan cierto es que las dichas de la tierra son efímeras y pasajeras.

Luego que mi arriero hubo descargado sus burros en el patio de la posada, y acomodado sus fardos e instalado su ganado con la debida solicitud, se prestó gustoso a acompañarme hasta la puerta de la casa de D. Prudencio. Y en tanto aprecio tenía su tiempo el buen Rufino, que apenas llegamos a dos pasos del dintel de la puerta, me la señaló con la mano diciendo:—Aquí es.—Y sin detenerse en más digresiones, dió media vuelta, y se alejó por donde había venido.

A mí me bastaba esta indicación; la puerta de la casa estaba abierta de par en par; entré en el espacioso zaguan y levantando la voz pronuncié un *Deo gratias*, fórmula propia para anunciarse cuando se llega a una casa extraña, según el uso de mi país. Y luego esperé tranquilo a que alguien me contestase desde dentro. Nadie contestó, sin embargo; adelanté otros dos pasos y repetí, levantando algo más la voz: *Deo gratias!*

El mismo silencio: entonces avancé otros cuatro pasos, y penetrando en un patio cuadrado y flanqueado de corredores repetí con voz aguda: *Deo gratias!*

Esta vez tuve mejor suerte: de una de las puertas que daban al corredor que estaba en frente de mí, asomó primero la cabeza, y luego todo el cuerpo de un hombre cubierto con una capa que casi le arrastraba. Avanzó algunos pasos, mirándome con cierta extrañeza, y cuando estuvo cerca me preguntó:

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Yo soy Cosme Claudio, el hijo del barbero de Caraceni. le contesté, y vengo a hablar con D. Prudencio, y a entregarle una carta...

—¿Hablar con D. Prudencio! Tarde es ya, replicó mi desconocido moviendo a un lado y otro la cabeza.

—¿Cómo tarde?... si son poco más de las doce.

—Sin embargo, es tarde, porque el pobre D. Prudencio descansa en el ataud, esperando a los encargados de llevarle al cementerio.

Y el desconocido acompañó estas lugubres palabras con un movimiento del brazo que me señalaba una puerta al través de la cual brillaba amarillenta claridad.

Quedé anonadado. ¿Cómo hacer entrega de mi carta? ¿Y si no entregaba la carta, quién me daba la colocación con que ya contaba como cosa segura?

Por un impulso maquinal, hice lo que habría hecho una persona que no diera crédito a lo que acababa de oír. Me adelanté hacia la puerta de donde salía la claridad y entre cuatro blandones de cera que ardían chisporroteando vi un ataud abierto, y dentro del ataud el cadáver amarillento de un hombre con las manos cruzadas. Le miré algunos instantes sin saber lo que me pasaba; no acababa de comprender cómo D. Prudencio se había muerto tan fuera de oportunidad, precisamente en la ocasión en que había de servirme de protector. Dentro de mi bolsillo manoseaba mi carta sin saber lo que hacer.

Me aparté de allí por último, y sin mirar a las diferentes personas que cruzaban de un lado a otro silenciosamente, atravesé el patio y gané de nuevo la puerta de la calle. Era preciso tomar una resolución para aquel caso no previsto en mi programa, y al pronto yo no encontraba la salida de aquella embarazosa situación. A otro muchacho de ménos alientos que yo, lo único que se le habría ocurrido, habría sido buscar de nuevo al arriero y volverse con él a Caraceni. Yo rechacé intrépidamente esta idea: lo primero, porque me habría sido difícil encontrar el camino de la posada al través de las tortuosas calles que había atravesado; lo segundo porque ya que me encontraba en Cuenca y dueño de mis acciones, no me resignaba a perder mi libertad y a ver desvanecido por un soplo todo el edificio de mis ilusiones. Además, mi padre me enviaba a que me buscara la vida porque no podía mantenerme, qué idea iba a darle de mi aptitud y de mi valor si me volvía a Caraceni como un niño asustado a contarle que D. Prudencio había muerto?

No, yo tenía que buscar la entrada del mundo; tenía dinero (23 rs.), tenía mi equipaje (dos camisas, un chaleco y unos calcetines) sabía leer y escribir (muy medianamente), ¿qué se puede resistir a un joven valeroso que cuenta con tales recursos?

Me acordé de que llevaba una carta del cura de mi lugar para un señor racionero de la catedral de Cuenca; ¿por qué no había de poder sustituir aquel señor al escribano don Prudencio, si no había dado también el capricho de morir-se? Y si había muerto peor para él.

A la primera persona que encontré en la calle, le pregunté el camino de la catedral, y allí me dirigí valerosamente: encontré la catedral abierta, porque era la hora de vísperas, y habiendo tropezado con un dependiente de la iglesia, que yo tomé por sacristán, pero que era simplemente un vigilante encargado de arrojar fuera del templo a los perros que tuvieran la osadía de pisar su sagrado recinto, le pregunté si encontraría allí al Sr. D. Lucas Recio.

Me miró de alto a bajo, y por fin se dignó contestarme que D. Lucas no estaba a aquella hora en la catedral, pero que podría encontrarle en su casa, cuyas señas me daban en la sacristía. Allí fui recibido también con cierto desden por una especie de acólito encargado de encender y apagar velas, pero que tuvo a bien decirme con voz desabrida la calle y el número de la casa en que vivía D. Lucas; y como quien lengua tiene a Roma vá, importunando a cuantas personas encontré en la calle, dí al fin con el domo de mi presunto protector, y penetré en él valerosamente, no sin que antes me costara el trabajo de llamar repetidas veces a la puerta.

Me recibió una mujer como de treinta años, frescota y no mal parecida, que a mí entender debía ser el ama de don Lucas. Le informé de que tenía que entregar al señor una carta del cura de Caraceni a su amigo, en la cual me recomendaba a su protección: satisface a las distintas pre-

guntas que me hizo, y ella me aconsejó que volviera al anocheecer, porque el señor había salido a paseo y hasta aquella hora no estaría de vuelta.

Comprendí que aquella mujer tenía buen corazón, porque antes de despedirme dijo:

—Tú no conocerás a D. Lucas, y por si deseas obtener de él algun favor, debo advertirte que es hombre de virtud ejemplar y rígida, y que te atenderá mejor si ve en tu aspecto aquella modestia y humildad cristiana que tan bien parece en las personas devotas: háblale con mucha compostura, con la mirada baja, y procurando intercalar palabras piadosas, así como «Dios sea loado», «bendito sea el Señor» u otras parecidas.

Agradecí el consejo y me retiré: el resto de la tarde lo empleé en pasear las calles de Cuenca, que me parecían cosa asombrosa comparadas con el humilde aspecto de las casas de Caraceni. Cuando ví que el sol se había puesto, busqué de nuevo el camino de la casa de D. Lucas y llamé a su puerta.

Otra vez me abrió el ama de llaves y me condujo a una habitación muy bien arreglada; en la cual el buen sacerdote, acomodado en un blando sillón, tomaba reposadamente una taza de chocolate con bizcochos.

—Dios guarde a su merced y le dé salud, dije al entrar con voz melosa y bajando los ojos al suelo.

—En gracia de Dios vengas, muchacho, me contestó tras de un sorbo de chocolate. Tú eres el joven que, según me ha dicho la señora Petra, viene de Caraceni con una carta del Sr. D. Tadeo?

—Para servir a Dios y a vuestra merced.

—A él se debe toda gloria. Dame la carta.

Se la alargué con respeto, y mientras la leía, después de calarse los anteojos, me atreví a examinarle a hurtadillas. Era de corta estatura, pero gordo y rechoncho: su rostro colorado era redondo como el de la luna llena; tenía escasos cabellos pegados al rededor de la frente, y su edad pasaba seguramente de los cincuenta; vestía una sotana negra de paño, y sus grandes pies calzaban zapatos con hevilla de plata sobre medias de lana negras también.

Leyó la carta gruñéndola a media voz; dió luego otros dos sorbos de chocolate, se pasó la servilleta por los labios y luego dijo:

—Bueno; mi amigo D. Tadeo te recomienda a mi protección, rogándome te proporcione alguna ocupación en que ganes la subsistencia, porque tu padre tiene muy numerosa familia...

—Trece hijos, señor...

—Trece nada ménos!... no sé cómo hay hombres que se permitan tener toda esa descendencia sin mirar al porvenir... Señora Petra, mi vaso de agua.

La señora Petra agitó con una cuchara de plata el contenido de un gran vaso de agua de naranja y se lo ofreció al señor racionero. El lo apuró en dos tragos, volvió a enjugarse los labios con la servilleta y dijo al fin:

—Yo bien quisiera servir a una persona a quien aprecio tanto como a D. Tadeo, que es un virtuoso sacerdote; pero no me ocurre qué colocación darte: en la catedral no hay necesidad ahora de ningún acólito ni siquiera barrendero. No tengo noticia de que necesite criado ningún amigo mío.

—Señor, interrumpió el ama, V. no ha caído en la cuenta de que tal vez en casa podría prestar buen servicio este muchacho. Ayer despidió V. por habladora a Mariquilla, y aunque yo no baste para servir a V., siempre ha habido en casa una criada que barra y vaya a la plaza, y saque agua del pozo. Acaso un muchacho sencillo y modoso como este parece, aprovecharía mejor que una bachillera como la que se despidió ayer. Y perdón V. si me he tomado la libertad de hablar.

—Casi casi tiene V. razón, señora Petra. El muchacho tiene buen aspecto, parece humilde, juicioso y educado en el santo temor de Dios. ¿Tú sabrás muy bien el Catecismo de la Doctrina Cristiana? me preguntó.

—Sí señor, le contesté: mi padre es el maestro de escuela.

—¿Y también la historia sagrada del Fleury?

—Sí señor, de cabo a rabo.

—Pues entonces nos conviene para ir a la plaza, y para sacar agua del pozo y barrer la casa. ¿Quieres quedarte a mi servicio?

—Con mucho gusto, señor.

—En ese caso no hay más que hablar. Me alegro infinito, porque un muchacho de tu edad podría perderse en una ciudad como Cuenca, y en mi casa estarás a cubierto de todas las tentaciones del mundo.

—Aquí no has de ver más que santos ejemplos, interrumpió la señora Petra.

—Ganarás la comida, dijo D. Lucas, y te señalo además un salario mensual de veinte reales.

—Acepté con reconocimiento tan ventajosas proposiciones. ¡Casa, comida, cama y veinte reales al mes! Era para mí una posición que ni soñada. Aquella noche dormí ya en casa del señor racionero y cené en compañía de la señora Petra.



Serenata.

Del padre de la luz la compañera
cruza alumbrando la celeste esfera,
y al pie del alto y almenado muro,
prisión de una hechicera,
acércase un galán con pie seguro.
Saca de entre los pliegues del tabardo
armónico laúd, y el triste bardo,
melancólicamente
con dulce voz entona lo siguiente:
«Garza cautiva, flor de las flores,
tierna gacela de mis amores;
eco viviente de mis suspiros;
entre los jiros
de la nocturna callada brisa
llegue a tu oído
de mis pesares canto sentido;
y una sonrisa
perfuene, hermosa, mi amor rendido.»
En esto asomó el padre de la ingrata,
que era todo un gallazo;
arrió al trovador un buen trancazo,
y así acabó la dulce serenata.

Maufregios.

Mirad el barco velero
que con la lona extendida
cruza la mar combatida
por violento huracán.

Vedle cuál boga ligero:
cuál las jarcias le contienen,
«entre las olas que vienen
y entre las olas que van.»

Libre, suelto, raudó, altivo
corta el agua y siempre avante,
es del cálido arrogante
un trasunto y copia fiel.

Mas mirad, ¿por qué motivo
su fijo rumbo ha cortado?
En un bajo ha tropezado:
¡encalló; se hundió el bajel!

Ved al hombre, libre y suelto,
que a los placeres se entrega
y voluptuoso navega
en el piélago de Amor.

En medio del mar revuelto,
se detiene cabizbajo...
ha tropezado en un bajo,
que es el peligro mayor.

Barcos y hombres se parecen
en su fin y en sus trabajos...
¡todo es tropezar en bajos,
arrostrando el vendabal!

Hombres y barcos perecen,
estos del mar en la furia...
los solteros en la Curia...
el cataclismo es igual!

Lo visible y lo invisible.

—No está en casa la señora?
—No está visible, señor;
como hace tanto calor
entra en el baño a esta hora.
—Ay, Juana! tu celo trunca
mi deseo irresistible...
porque debe estar visible...
y mas visible que nunca!

—La señora, ¿no está en casa?
—Sí, señor; visible está;
su tocado acabó ya...
—¿Cuánto pelo y cuánta gasa!
La busco y me es imposible!...
Veo el traje... la señora...
¡francamente... ahora, ahora...
es cuando no está visible!

... ..

Don Sisebuto, el falsario,
el traidor sin dignidad,
que es de todos partidario,
por cuestión de cantidad...
quiere fundar un diario
que se llame *La Lealtad*.
Cuando aparezca el papel,
¿no estará más en razón,
agregar al nombre de él,
en letra gorda un renglón,
que diga «Diario fiel...
Lealtad... de la traición?»

El papel.

Estamos en el siglo del progreso;
el papel es monarca de la tierra;
una cuartilla de papel, escrita,
(y aquel que dice escrita, dice impresa)
puede ser el vehículo, la clave,
de una revolución, en las ideas;
de un sentimiento al corazón robado,
de la baja expresión de las miserias;
puede encerrar mil vidas y mil muertes.
puede envolver el canto de un poema,
puede ser el recibo de un casero,
contener de una novia amargas quejas,
ocultar los misterios de una vida,
la esperanza guardar de una existencia:
la palanca de Arquímedes, la X
del intrincado, colosal problema,
a cuya solución se consagrarán
mil y mil sacerdotes de la ciencia.

El papel puede ser bálsamo dulce,
que cierre heridas en el alma abiertas,
y puede ser veneno que destruya
el reposo feliz de una conciencia.

Mirad al rededor, ¿qué veis? papeles;
novelitas que lanza por entregas
el verdugo implacable del talento,
el editor, que publicando, medra,
y a costa del autor compra carruaje
y en él asienta a sus autores niega.

El papel es la fórmula absoluta,
la última expresión fija y concreta
del progreso del siglo diez y nueve,
siglo de los papeles y las quiebras,
etapa de las luces, en que el mundo
se revuelve entre el fango y las tinieblas:

Laocoyte moderno, al que aprisiona
otra serpiente más feroz que aquella...
cuyos anillos opresores tienen
un conjunto de infamias; la soberbia,
el vil mercantilismo, la codicia,
la farsa, el relumbrón... las apariencias...

El papel es el alma de este siglo,
su complemento, su razón; su esencia!!
Todas estas y más observaciones
hacia un gran filósofo y poeta
contemplando la cuenta de su sastrero,
cuenta que no pagó, según se cuenta.

ELOY PERILLAN Buxó.

